

[La campaña política por los revolucionarios encarcelados (y el bonapartismo estalinista). Carta a A. Ciliga]

León Trotsky

10 de enero de 1936

(Versión al castellano desde “[La campagne politique pour les révolutionnaires emprisonnés]”, en L. Trotsky (P. Broué editor), *Oeuvres*, Tomo 8, enero-febrero de 1936, Institut Léon Trotsky, París, 1980, páginas 63-67. Carta a A. Ciliga, Harvard College Library, 7583. Ante Ciliga, nacido en Croacia (en 1896) pero de nacionalidad italiana desde los tratados de paz, se había afiliado al Partido Socialista Croata en 1918 y al PC yugoslavo en 1920. A partir de 1922, trabajó en su aparato en su ciudad natal, en Praga y después en Viena. En 1925 se incorporó al buró político del PCY. Expulsado de Yugoslavia en 1926, se convierte en miembro del buró exterior del PCY, al que representa en la secretaría balcánica de la IC. Simpatizante de la Oposición de Izquierda en 1927, no se une a ella hasta después de su supresión y crea en 1929 un grupo clandestino en el que participan varios dirigentes de la emigración comunista yugoslava. Sancionado por sus posiciones políticas, había sido trasladado en octubre de 1929 como profesor de la Universidad Comunista de Leningrado. Detenido en mayo de 1930 por su actividad en la Oposición de Izquierda, fue condenado en octubre a tres años de prisión, que había cumplido en el isolator de Verjneursk. Condenado administrativamente por la GPU a otros dos años al expirar su pena, fue deportado a Irkutsk. En 1935, al parecer utilizando que era de nacionalidad italiana y apoyándose en una huelga de hambre, había logrado la autorización para abandonar la URSS. Al llegar a Praga, entró inmediatamente en contacto con Jan Frankel y, a través de él, con Trotsky; publicó diversos artículos en el *Biulleten Oppositsii* y mantuvo correspondencia con Trotsky.)

Estimado camarada,

Yo mismo temía que la extrema brevedad de mi carta pudiera dar lugar a algunos malentendidos. Intentaré aclararlos en la medida de lo posible con una carta adecuada y más detallada. Por supuesto, el objetivo más importante y urgente de la campaña es ayudar a los revolucionarios víctimas de la burocracia bonapartista. Pero debe recordar usted que éste ha sido nuestro objetivo durante al menos siete años, desde la época de nuestro exilio en Turquía. Hemos hecho toda una serie de intentos para denunciar las crueldades criminales contra los revolucionarios y para recaudar fondos. Los resultados han sido siempre muy modestos. Hay que tener en cuenta esta experiencia. ¿Las razones de nuestros fracasos? Son claras: los círculos burgueses, incluso los círculos liberales, nos odian mucho más de lo que odian a los estalinistas (no hay más que ver la prensa blanca rusa); antes del viraje de la Internacional Comunista¹ la socialdemocracia estaba dispuesta a utilizar ciertas revelaciones, pero nunca nos ha dado la más mínima ayuda, pues somos extraños y enemigos para ella. Los intelectuales progresistas se sintieron atraídos por la Sociedad de “Amigos de Rusia” y fueron en gran parte comprados por la burocracia (viajes gratuitos, recepciones principescas con motivo de jubileos, honorarios equivalentes a pesar de la ausencia de una convención literaria, etc.). A esto hay que añadir la contrapropaganda desatada de la prensa estalinista, que dispone de fondos importantes y de poderosos medios de intoxicación. Nos ha sido difícil llegar a las masas obreras pasando por encima de los aparatos reformistas y estalinistas. Por lo tanto, la razón de nuestros fracasos no es técnica, no es organizativa, no se debe a la falta de claridad de nuestro objetivo, etc., sino que es puramente política. Si queremos obtener éxitos *prácticos*, tenemos que derribar o al menos reducir los obstáculos *políticos*.

¹ Se trata del giro en la política llamada “tercer periodo”, con los ataques a los socialistas llamados “social-fascistas”, por la del “Frente Popular”, una alianza con los partidos socialistas y republicanos burgueses.

En la actualidad, la situación se ha vuelto un poco más favorable a la campaña. A los ojos de cierto sector de la intelectualidad, la Internacional Comunista está desacreditada por sus sucesivos giros. Han surgido fracciones de izquierda en el seno de los partidos socialdemócratas de diversos países. Nosotros mismos, como organización internacional, nos hemos fortalecido. Sin embargo, todavía no hay suficientes intelectuales progresistas, socialdemócratas de izquierdas (centristas) y bolchevique-leninistas para formar la *base* de un apoyo práctico. Gracias a nuevos aliados y semialiados, debemos intentar ganarnos a círculos mucho más amplios, principalmente de la clase obrera. ¿Con qué medios? Debemos despertar en ellos dudas sobre la “justicia” estalinista. Debemos decirles: estáis en presencia de una serie de falsificaciones. Os están engañando. Os lo demostraremos. Cread un comité que exija a Moscú aclaraciones sobre todos los puntos que indicamos. Así planteada, la cuestión es comprensible para un obrero medio que piense. Este es un punto de vista que pueden adoptar los dirigentes sindicales honrados. Existe un precedente: en 1921, autorizamos a Vandervelde y compañía a asistir al juicio de los terroristas socialistas-revolucionarios². Cómo responderá Moscú a tales demandas, lo mostrará el futuro. La respuesta de Moscú dependerá de cuánta gente exija respuestas. En cualquier caso, una *campaña política* de este tipo es la condición necesaria y, en consecuencia, el acompañamiento necesario a todos los pasos prácticos que hay que dar para socorrer prácticamente a los presos.

En numerosas consignas prácticas usted plantea sistemáticamente la exigencia de reunirse con los presos. Eso es perfectamente correcto. También podríamos exigir una lista de todos los detenidos (revolucionarios) *extranjeros* y exigir verlos *prioritariamente*. Pero, claro, esa es una exigencia de “control”: pues Stalin y Yagoda³ comprenden perfectamente cuál puede ser el objetivo político de estas reuniones. Pero este problema particular y concreto sólo puede abordarse mediante la agitación política, desacreditando a la burocracia estalinista, despertando la simpatía política hacia los presos. No hay otro camino. Su analogía con los comités de ayuda a las víctimas del fascismo alemán sólo puede ser perjudicial, política y prácticamente. Todas las organizaciones obreras, reformistas y estalinistas, toda la intelectualidad progresista, la burguesía judía, la masonería, etc., están contra Hitler. *Ya existen todas las condiciones políticas para los comités prácticos*. En nuestro caso, por el contrario, tenemos que crearlos, y además en el mismo medio que, simpatizando con la URSS, transfiere su simpatía a la propia burocracia. Usted mismo ha analizado muy bien la situación de Checoslovaquia. Debe extender su análisis, con ciertas modificaciones, a todo el resto del mundo “democrático”. Entonces quedará claro que, sin una campaña política seria, no se resolverá ninguno de los problemas políticos (a excepción de los problemas completamente insignificantes, accidentales o individuales). Las “reformas” sólo pueden ser el resultado de una lucha revolucionaria.

² Trotsky se equivocó de fecha. De hecho, fue durante la conferencia de Berlín de las tres internacionales, del 2 al 5 de abril de 1922, cuando los representantes de la IC habían acordado que los SR acusados de actividades terroristas fueran defendidos en Moscú por abogados de su elección y que no se les impusiera la pena de muerte. Lenin había protestado en su famoso artículo “Hemos pagado demasiado caro” del 3 de abril, pero había respetado los compromisos de la delegación comunista. El juicio de los socialistas revolucionarios (de derechas) tuvo lugar en Moscú del 8 de junio al 7 de agosto de 1922. Los abogados que habían venido de occidente para defenderlos, Emite Vandervelde, antiguo Presidente de la Asociación Nacional de Abogados Internacionales (NILA), y Theodor Liebknecht (hermano de Karl), aseguraron que no se reunían las condiciones necesarias para ejercer adecuadamente los derechos de la defensa, y se marcharon casi de inmediato.

³ H. G. Yagoda (1891-1938) entonces era comisario en la NKVD, por tanto jefe de la policía política que Trotsky continuaba llamando la GPU, y un muy cercano colaborador de Stalin.

Querer formar un bloque con los mencheviques y los socialistas-revolucionarios⁴, lo considero prácticamente perjudicial. Ambos representan a grupos de emigrados impotentes, con un pasado vergonzoso y sin futuro y, por ello, sin influencia alguna en el movimiento obrero europeo o norteamericano. De este modo, obtendría usted un bloque con camarillas aisladas y desacreditadas que sólo lo habría comprometido a los ojos de los círculos a los que quiere dirigirse. Los mencheviques, por supuesto, reciben ciertos fondos de los partidos socialdemócratas y no realizan ninguna campaña. *Parece como si los reformistas les pagaran por su silencio*, porque, en la actualidad, todos los partidos de la II Internacional buscan la amistad con la URSS. Un bloque con los mencheviques sería la unión del oportunismo con el donquijotismo, es decir, la peor clase de unión: daño político y ni un céntimo de beneficio. Menciona usted mi valoración del régimen estalinista como un régimen bonapartista. Pero, comparado con el bonapartismo, dice usted que la oposición pequeñoburguesa democrática de los mencheviques es progresista. ¿Por qué no añadir a los cadetes, que también se autodenominan Unión Republicana Democrática y que están aliados con los socialistas-revolucionarios? Aparentemente, he formulado muy mal mis ideas sobre el bonapartismo si se prestan a semejante interpretación. El bonapartismo es una forma específica de *poder*, al igual que la democracia. Pero para un marxista, una forma de poder, tomada aisladamente, sin base social, no dice nada ni resuelve nada. ¿Y la democracia? Preguntamos inmediatamente: ¿democracia para quién y contra quién? Distinguimos entre democracia antigua y democracia burguesa, y esta última de la democracia obrera. Lo mismo se aplica al bonapartismo. El cesarismo fue (si no tememos expresiones anacrónicas) el bonapartismo del mundo antiguo. La evolución histórica ha demostrado (ni Marx ni Lenin lo sabían aún) que el bonapartismo es posible incluso sobre las bases sociales de la revolución proletaria. La oposición democrática pequeñoburguesa no tiende a avanzar hacia la democracia proletaria y la extinción del estado, porque esto es impensable sin el desarrollo de la revolución mundial; la oposición pequeñoburguesa tiende a retroceder de la base social de la revolución de octubre a una base capitalista. La expectativa de una nueva revolución de “febrero” le conviene a Kerensky, pero no a nosotros⁵. No nos aprestamos a hacer marcha atrás. Todo nos indica que el proletariado tendrá finalmente que derrocar a la burocracia estalinista mediante la revolución. Pero será una *revolución política* del proletariado sobre la base de la nacionalización de los medios de producción y no una *contrarrevolución social* de la pequeña burguesía que sólo es capaz de despejar el camino para el gran capital⁶. Precisamente en este sentido he advertido contra las valoraciones subjetivas, no materialistas y no clasistas, del mundo soviético. Lo que escribe sobre el bonapartismo confirma mis temores y considero mi deber decírselo con toda franqueza.

He propuesto dejar de lado estos desacuerdos durante la próxima campaña política. Usted está de acuerdo. Es perfecto. Queda por ver con la experiencia en qué medida estos desacuerdos, aunque no expresados, pueden ser fuente de dificultades para trabajar juntos. No creo que deban ser problemáticos. Si consideraba usted necesario (por su cuenta y riesgo) tratar de llevarse bien con los mencheviques y los socialistas-

⁴ La orientación de Ciliga era una alianza con mencheviques y socialistas-revolucionarios, ya que había descubierto su importancia relativa en los círculos de la emigración. Hay que añadir que la concepción de Ciliga de que la URSS se había convertido en un sistema de “capitalismo de estado” había sido durante mucho tiempo la de los mencheviques.

⁵ La revolución de febrero de 1917, que llevó al poder a Aleksandr Kerensky, derribó el zarismo y sentó las bases de un régimen burgués.

⁶ Aquí, en la oposición entre “revolución política” y “contrarrevolución social”, tenemos el pleno significado de la fórmula esencial de Trotsky, formulada sólo recientemente, a saber, la revolución política contra la burocracia como culminación de la revolución proletaria.

revolucionarios, entonces usted mismo se vería obligado muy rápidamente a detenerse para no encontrarse en el campo de los emigrantes blancos que no tienen acceso al movimiento obrero y, en consecuencia, no son capaces de desarrollar una campaña de ningún tipo, ni de obtener los resultados prácticos que necesitamos.

Estoy pensando en ello: de sus palabras se desprende que, incluso en los aisladores [isolators], los bolcheviques y los mencheviques no tienen contacto unos con otros. ¿Será casualidad? En cualquier caso, sólo puedo apoyar calurosamente su intención de guiarse sistemáticamente a través de la situación europea y el laberinto de juicios que se hacen aquí sobre la URSS, antes de adoptar abierta y públicamente un punto de vista sobre esta cuestión. En lo que a nosotros respecta, seremos muy pacientes (en todo caso, se lo prometo) con respecto a toda su investigación independiente en varias direcciones. Así podrá realizar usted mismo las evaluaciones necesarias, y encontrará por nuestra parte una total disposición a cooperar de forma amistosa.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es